

PUES SI.. LA JUVENTUD

ECEIZA MICHEL

¡Huf, la juventud! Cuando los viejos miramos atrás, no podemos menos que comparar nuestros años mozos con los de la juventud actual, tan diferente en el entorno y, sin embargo, aunque no lo parezca, tan igual en muchísimas cosas.

Porque entonces, cuando nosotros acabábamos de dejar atrás la adolescencia, aún salía la gente a la calle al paso de ciertos ruidosos armatostes voladeros gritando: «¡Aroplano, aroplano!», la radio, incipiente y maravilloso invento, nos incitaba a experimentar con las piedras de galena (la televisión ni siquiera era sueño aún); automóviles de estrafalaria facha eran contados al pasar por la carretera general y las carreras de Lasarte pasaban por las velocidades que alcanzaban aquellos «bóldos» parecidos a «goitiberas». No se conocían los «porros» ni las drogas blandas ni duras. Esto era cosa de chinos y de sus fumaderos de opio; el cine balbuceaba sus primeras canciones y diálogos y las películas en color sólo muy de tarde en tarde se veían... Sí, era muy diferente aquel Rentería donde no existían los barrios de Agustinas, Alaberga, Beraun, ni la Vega de Iztieta y donde bullían las sidrerías por su afueras. Pero los jóvenes de entonces, tal como creen los de ahora, estaban convencidos de poder cambiar al mundo. De ahí su intensa politización. Entonces nadie «pasaba» de nada. Y, sin embargo, en nuestros grupos de amigos existían afiliados a los más diversos partidos y partidillos sin que ello supusiese más que simples discusiones que, rara vez desembocaban en peleas. Visto lo que después sucedió, esto parece inconcebible, pero el veneno vino de fuera... Aquí las peleas de verdad eran las que suscitaban las rivalidades entre el Touring y el Rapid...

La diferencia más notable entre aquella juventud y la actual yo estimo que era que aquella era mucho más «iñoshente». Por ejemplo, se miraba al sexo opuesto más con visión de caballero medieval que como ser del segundo tercio del siglo XX. ¿Habrà hoy, «neskatilla» que se atreva a bajar sola desde su remoto caserío a bailar en la Alameda, tal cual lo hacían entonces, para regresar ya anochecido, igualmente solas si no les había surgido un admirador de su gusto que las acompañase sin más premio que el placer de su compañía y —quizá—algún beso furtivo?

No se olvide que aquella era la época en que «La Damasa», aquel monumento a las glorias renterianas, estaba en el «Índice» o poco menos, por que mostraba un pecho...

Pero, mejor es que demos ejemplos con algunos ejemplos nuestra enorme ingenuidad:

Cierto día primaveral un grupo de amigos nos dirigíamos al Zaria por el camino que pasa a espaldas de Iturriotz. Dejando atrás las últimas casas de este barrio oiartzuarra, alcanzamos el lavadero que entonces—no sé si todavía—se mostraba a la izquierda del arbolado camino. Amenizábamos nuestra andadura charlando sobre los mil modos y maneras de conseguir el favor femenino. Quizá esto sea risible para la generación actual, tan libre en este aspecto, pero así éramos nosotros.

Había quien sostenía que con música o canciones se llegaba al corazón de las mujeres. Sus rotundas afirmaciones no diluían nuestro exceptismo. Pero, dio la casualidad de que, al llegar al antes citado lavadero, se encontraba en él una joven de buen ver entregada a la higiénica tarea de lavar la ropa de su casa. Su atractiva imagen bastó para que el partidario de las conquistas musicales encontrase ocasión de demostrarnos la efectividad de sus teorías así que, ni corto ni perezoso, se acercó a la atareada muchacha y comenzó a cantarle aquello de:

¡Ai, ori begi ederrak!

La muchacha, pese al encendido tono que el cantor daba a su versión del «Katalin, Katalin», prosiguió impertérrita su trabajo de mojar, jabonar, restregar, aclarar y retorcer escurriendo el agua, a las prendas que iba depositando en un gran balde. El rumor cantarín de las fuentes del lavadero, los pajaritos piando en la enramada (entonces aún se podían oír esas cosas), los rayos de sol filtrándose entre las hojas de los árboles y llenando de doradas lentejuelas el suelo... eran propicios escenario y acompañamiento musical a las estrofas de las canciones que, una tras otra, emitía el cantor, ilusionado en demostrarnos que sus canciones surtían el deseado efecto. Como no parecía camino de lograrlo, el «sireno» se acercó aún más a la lavandera e hincando la rodilla en tierra en ademán donjuanesco, prosiguió con sus canciones.

Pero la chica, juzgando quizá que aquellas tendidas e implorantes manos se acercaban demasiado a sus generosas curvas o pensando acaso que ya era hora de poner fin a la pantomima; se volvió de improviso y con la retorcida ropa que acababa de escurrir, soltó un trallazo sobre el improvisado divo, cortando radicalmente sus poéticos requiebros. Seguro que nuestras carcajadas dolieron más al «cantante castigador» que el rotundo fracaso de su musical teoría.

Otra muestra de nuestra terrible ingenuidad está patente en esta no tan inocente aventura:

Era el inicio de la rebelión franquista. Toda Rentería estaba soliviantada y en áscuas. Los jóvenes enseguida nos pusimos a disposición de nuestros partidos y sindicatos. Las cosas no estaban nada claras ya que, en Loyola, se mantenían las tropas acuarteladas al igual que en muchos cuarteles de la Guardia Civil; había franco-tiradores en varios edificios de San Sebastián y se decía que el Tercio y los Requetés del general Mola se acercaban por los montes de Oiartzun.

En medio de esta incertidumbre, se rumoreaba que un camión blindado, una tanqueta o cosa por el estilo, sembraba el terror ametrallando los pueblos leales al Gobierno republicano. Por ello, una noche de aquel nefasto julio, nos enviamos formando una «escuadra» de cinco improvisados soldados, al Alto de Capuchinos con la misión de guardar la carretera e impedir el paso del citado vehículo si le daba por aparecer por allí.

Nos situamos en la curva—entonces mucho más acentuada que la actual, ya que no existía el túnel—y sobre la terracilla existente ante la casa más saliente, nos atrincheramos dispuestos a cortar el paso a toda una división blindada.

Hasta aquí todo parece relativamente normal; un grupo de incipientes milicianos enviado a cortar el paso a un vehículo terrorista «blindado y con una ametralladora» según las informaciones. Mas, si repasamos el armamento de aquella «escuadra» enviada a tal difícil misión, nos pasmaremos del grado de «iñoshensia» de los que la integraban: tres escopetas de caza—para colmo, una de ellas de las llamadas «matachimbos» por su pequeñísimo calibre—con una veintena de cartuchos para todas ellas. Dos de los componentes del comando tenían que esperar a que alguno de los «armados» cayera herido para «heredarle» el arma. ¿Se concibe inconsciencia tal en la juventud de ahora? Menos mal que el tal vehículo fantasma no apareció. De lo contrario, quizá estas líneas no se hubieran escrito jamás. Claro que no se hubiera perdido gran cosa.

Sí, yo creo que la ingenuidad era la característica más diferenciadora de aquella juventud con la actual, salvando, claro está, el entorno social y material tan distinto en que se movió aquella y se mueve ésta. Por lo demás, no creo que haya grandes diferencias: desprendimiento, generosidad, creer poder cambiar al mundo... eso... todas las juventudes lo tuvieron, tienen y espero que lo seguirán teniendo en grandes dosis. Quizá alguna vez consigan esto último...